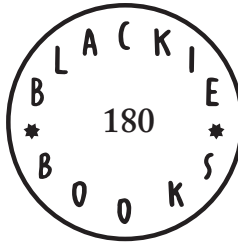


**WERNER HERZOG**

## **El crepúsculo del mundo**



Traducción de Marina Bornas

Título original: *Das Dämmern der Welt*

Diseño de colección y cubierta: Setanta

[www.setanta.es](http://www.setanta.es)

© de la ilustración de la cubierta: Julio Fuentes

© de la fotografía del autor: Lena Herzog

© del texto: Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, Múnich, 2021.

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent

© de la traducción: Marina Bornas, 2022

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

[www.blackiebooks.org](http://www.blackiebooks.org)

[info@blackiebooks.org](mailto:info@blackiebooks.org)

Maquetación: David Anglès

Impresión: Egedsa

Impreso en España

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-18733-92-5

Depósito legal: 20397-2021

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Muchos detalles son correctos; otros muchos no lo son. Lo importante para el autor era otra cosa, algo fundamental, algo que creyó identificar durante su encuentro con el protagonista de esta historia.

En 1997 dirigí la ópera *Chushingura* en Tokio. Shigeaki Saegusa, el compositor, llevaba mucho tiempo insistiéndome para que dirigiera el estreno mundial de su obra. *Chushingura* es la más japonesa de todas las historias japonesas: un señor feudal es provocado e insultado durante una ceremonia y desenvaina la espada. Por ello se ve obligado a cometer *seppuku*, el suicidio ritual. Dos años más tarde, cuarenta y siete de sus vasallos vengan su muerte emboscando y matando al noble que había ofendido injustamente a su señor. Saben que morirán por ese acto. Ese mismo día, los cuarenta y siete, sin excepción, se suicidan.

Shigeaki Saegusa es un compositor muy respetado en Japón. Mientras trabajábamos en el

montaje de la ópera, tenía su propio programa de televisión y la gente conocía nuestro trabajo. Una noche, los empleados más allegados a él nos reunimos en una larga mesa para cenar. Saegusa llegó tarde, rebosante de entusiasmo.

—Señor Herzog —me dijo—. El emperador quiere invitarlo a una audiencia privada. A menos que no pueda permitirse distracciones antes del estreno, claro.

—¡Cielo santo! —respondí—. No tengo ni idea de cómo hablarle al emperador. La conversación acabaría siendo un intercambio insustancial de fórmulas de cortesía.

Sentí la mano de mi esposa Lena sobre la mía, pero ya era demasiado tarde. Había rehusado la invitación.

Fue un paso en falso, tan estúpido y descomunal que todavía hoy me avergüenza. Todos los que estaban sentados a la mesa se quedaron petrificados. Nadie parecía respirar. Todas las miradas cayeron al suelo, se apartaron de mí, y un largo silencio congeló el ambiente. Pensé que, en

ese instante, todo Japón contenía el aliento. Una voz rompió el silencio:

—¿A quién le gustaría conocer en Japón, entonces?

Sin pensarlo, dije:

—A Onoda.

¿Onoda? ¿Onoda?

—Sí —dije—, a Hiroo Onoda.

Una semana más tarde, lo conocí.

## Lugang, sendero en la jungla

20 DE FEBRERO DE 1974

La noche se revuelca en sueños febriles. Incluso el despertar es como un gélido escalofrío y el paisaje, un sueño estático y crepitante que se resiste a disiparse mientras se va convirtiendo en día, parpadeando como un fluorescente mal conectado. Un suplicio ritual, un arrebato eléctrico que centellea en la selva desde la mañana. Lluve. La tormenta está tan lejos que no se oye el trueno. Es un sueño. Un sueño. Un camino ancho, vegetación espesa a derecha e izquierda, hojas podridas en el suelo, árboles que gotean. La selva permanece expectante, con paciente humildad, hasta que la misa mayor de la lluvia se ha oficiado hasta el final.

Luego ocurre esto, como si yo mismo estuviera allí: un murmullo de voces confusas a lo lejos;

gritos alegres que se van acercando. Un cuerpo toma forma entre la turbia neblina de la jungla. Un joven filipino llega corriendo por el sendero que desciende suavemente. Con la mano derecha sostiene sobre la cabeza lo que antes era un paraguas y ahora solo es un esqueleto de alambre y tela rasgada; en la mano izquierda tiene un gran cuchillo bolo. Justo detrás de él, una mujer con un bebé en brazos, seguida de otros siete u ocho aldeanos. Es imposible adivinar el motivo de su alegría. Avanzan corriendo, no pasa nada más. El constante goteo de los árboles, el sendero silencioso.

No es más que un camino. Y entonces, en el margen derecho, justo enfrente de mí, algunas de las hojas podridas del suelo se mueven. ¿Qué ha sido eso? Un momento de quietud. Después, parte de la pared de hojas comienza a moverse delante de mí, más o menos a la altura de mis ojos. Lenta, muy lentamente, las hojas adoptan forma humana. ¿Será un fantasma? Eso que he estado viendo todo el rato, aunque no lo haya



reconocido a pesar de tenerlo justo delante de las narices, es un soldado japonés. Hiroo Onoda. No lo habría visto aunque hubiera sabido dónde estaba, pues está completamente camuflado. Primero se despega las hojas mojadas de las piernas y, después, las ramas verdes que ha adherido de manera minuciosa a su cuerpo. Busca el rifle entre la espesa maleza, donde ha escondido su mochila, también camuflada. Veo a un soldado de poco más de cincuenta años, enjuto; cada uno de sus movimientos es en extremo cauteloso. Su uniforme está lleno de parches cosidos y la culata de su rifle, envuelta en tiras de corteza. Escucha con atención. Después, desaparece sin hacer ruido en la dirección en la que corrían los aldeanos. El camino embarrado sigue delante de mí, pero ahora es nuevo, diferente y, al mismo tiempo, igual, aunque lleno de misterios. ¿Ha sido un sueño?

Un poco más abajo, el camino se ensancha. La lluvia es apenas un murmullo. Onoda inspecciona las huellas en el barro, siempre alerta, siempre

en guardia. Sus ojos atentos recorren continuamente los alrededores. Los pájaros han empezado a piar, tranquilos, como si le estuvieran confirmando que, en ese momento, el peligro es tan solo una palabra en un diccionario, un atributo misterioso y discreto del paisaje. Incluso el zumbido de los insectos es uniforme. Empiezo a oír lo mismo que Onoda, ese zumbido que no es agresivo ni alarmante. Oigo el murmullo de un riachuelo a lo lejos aunque todavía no lo he visto, como si empezara a interpretar los ruidos como hace él.